# Velázquez
## IV Centenario


**Sevilla, crisol de todas las naciones y razas**
*Carlos Martínez Shaw*

**Madrid, la fascinación de la Corte**
*Carlos Gómez-Centurión*

**Desplegable: Velázquez, testigo de la Historia**
*Asunción Doménech*

***Autorretrato*** **de Velázquez (Museo de Bellas Artes San Pío V, Valencia).**

Sevilla y Madrid, las dos principales ciudades peninsulares de la Monarquía Hispánica, asistieron al desarrollo de la actividad artística de Diego Rodríguez de Silva Velázquez, sin duda el pintor más representativo de la España del Siglo de Oro y uno de los mayores genios del arte universal. Cuando se cumple el cuarto centenario de su nacimiento (Sevilla, 1599), los artículos que conforman este dossier reconstruyen los ambientes en que transcurrió su vida y contextualizan las etapas de la creación artística de quien fue pintor del rey Felipe IV

# Sevilla, crisol de todas las naciones y razas

**Hasta los 24 años, Velázquez vivió en una Sevilla satisfecha, que bullía de actividad económica e intelectual, sin sospechar que la decadencia acechaba a la vuelta de la esquina a la populosa y pujante *Nueva Roma* y *Puerta de las Indias***

**Carlos Martínez Shaw**
*Catedrático de Historia Moderna*
*UNED, Madrid*

A Juan Miguel Serrera, *in memoriam.*

EL LUGAR DONDE LATÍA EL CORAZÓN del mundo". Con esa rotunda expresión define Fernand Braudel la Sevilla de principios del siglo XVII, una ciudad construida material y espiritualmente a lo largo de la centuria anterior, cuando había vivido el periodo de máximo esplendor de su historia. En ella nació Diego Velázquez de Silva, en la que entonces se llamaba calle de la Gorgoja con desembocadura en la plazuela del Buen Suceso, y fue bautizado en la vecina parroquia de San Pedro el 6 de junio de 1599, bajo el reinado de Felipe III. A comienzos de diciembre de 1510 entró como aprendiz de pintor en el taller de Francisco Pacheco, con cuya hija Juana se casó en la parroquia de San Miguel el 23 de abril de 1619. En abril de 1622, ya durante el reinado de Felipe IV, realizó un viaje a Madrid, siendo llamado de nuevo al año siguiente a la Corte, de donde había regresado a Sevilla, por Juan de Fonseca, sumiller de cortina, por indicación del conde-duque de Olivares, el poderoso valido del nuevo soberano. Así, en 1623, Velázquez volvió a marcharse a Madrid, abandonando para siempre su ciudad natal.

¿Cómo era esa ciudad donde el pintor vivió hasta los 24 años y donde realizó algunas de sus primeras obras maestras, como *El aguador de Sevilla* o la *Vieja friendo huevos*?

Sevilla había pasado de ser la "fortaleza y mercado" de los tiempos bajomedievales a ser "el puerto y puerta de las Indias", gracias a la decisión de los Reyes Católicos de convertirla en la cabecera de la Carrera de Indias, es decir del comercio entre España y América. Y, desde ese momento, como "archivo de la riqueza del mundo", en frase de Jerónimo de Alcalá, había empezado a suscitar la admiración de propios y extraños, que no dejaron de entregarse al ejercicio de las *laudes Hispalis*, al juego de los piropos, más o menos exagerados pero siempre vehementes. Así, el poeta Fernando de Herrera, tras apostrofarla en tono hiperbólico ("No ciudad, eres orbe"), había concluido considerándola como "parte de España, más mejor que el todo". A su vez, el historiador Alonso de Morgado había exaltado el número de sus habitantes ("la gran población de la muy populosa Sevilla", que, en efecto, con sus más de cien mil almas era la primera aglomeración de la España del momento), mientras otros celebraban la majestad de sus monumentos y especialmente la grandeza del "mejor cahíz de la tierra", es decir el espacio comprendido entre el Alcázar y el Ayuntamiento. Y así sucesivamente.

## Nobles y mercaderes, blancos y negros

Sevilla era un orbe plural, desde todos los puntos de vista. Socialmente no era sólo la comunidad de "aristócratas y comerciantes" estudiada por Ruth Pike, sino también un mundo animado por la presencia de profesionales, religiosos, artesanos y la copiosa cohorte de los desheredados. Desde el punto de vista de la procedencia de su población, la ciudad era el "mapa de todas las naciones", tanto españolas (extremeños, castellanos, vizcaínos, catalanes), como extranjeras (genoveses, flamencos, portugueses). Si se atendía al factor étnico, la situación volvía a repetirse, por la convivencia de judeoconversos, moros, mulatos, gitanos y negros africanos. Todos ellos se paseaban por el extenso caserío de la ciudad y se daban cita a orillas del Guadalquivir, un mundo habitado por soldados, comerciantes, marineros, pescadores, barqueros, carpinteros de ribera, descargadores, alfareros, lavanderas y toda suerte de paseantes, desde los más encumbrados hasta los más menesterosos.

A lo largo del Quinientos, la ciudad se había en-

***Vista de Sevilla*, pintura anónima de comienzos del siglo XVII, Museo de América, Madrid.**

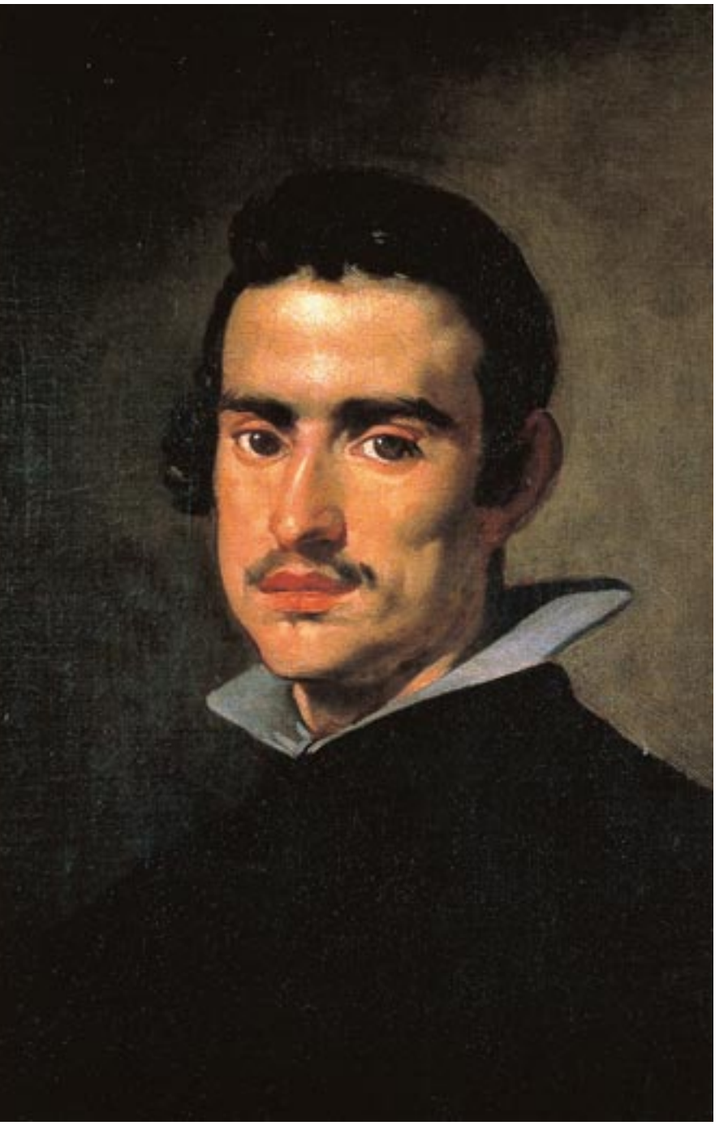
Velázquez
IV Centenario

Velázquez
IV Centenario

tregado a una desaforada fiebre constructiva a fin de dotarse de todos los equipamientos necesarios para mantener su rango. Se habían levantado edificios civiles (el Ayuntamiento, la Audiencia de Grados, la Lonja, la Aduana, la Casa de la Moneda), religiosos (junto a las piezas adosadas a la Catedral, un sinnúmero de iglesias, conventos, ermitas y capillas), asistenciales (tantos hospitales que hubo que proceder a su posterior reducción), privados (las casas de los mercaderes y los palacios de la nobleza), recreativos (los corrales de comedias), etcétera.

El crecimiento demográfico y económico tuvo su trasunto en un gran desarrollo cultural. El humanismo sevillano, orgulloso del aire de grandeza que iba adquiriendo la ciudad, proclamó el proyecto de convertir a la ciudad en una *Nueva Roma*, de acuerdo con unas pautas que en su día revelara con sus investigaciones Vicente Lleó. Sevilla se convirtió en sede de humanistas (Benito Arias Montano, Gonzalo Argote de Molina, Juan de Mal-Lara), de científicos (Nicolás Monardes), de cartógrafos (Pedro de Medina, Martín Cortés), de economistas (Tomás de Mercado), de poetas (Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera, Baltasar del Alcázar), de dramaturgos (Lope de Rueda, Juan de la Cueva) y, para qué decirlo, de artistas: músicos (Alonso de Mudarra, Cristóbal de Morales, Francisco Guerrero), pintores, escultores, arquitectos, ceramistas, rejeros, vidrieros, orfebres.

Abajo, ***Retrato de un joven*** **(1623-24, Museo del Prado, Madrid), que suele considerarse como un autorretrato de Velázquez.** Derecha, ***El aguador de Sevilla*****, por Velázquez (hacia 1620, Wellington Museum, Apsley House, Londres).**

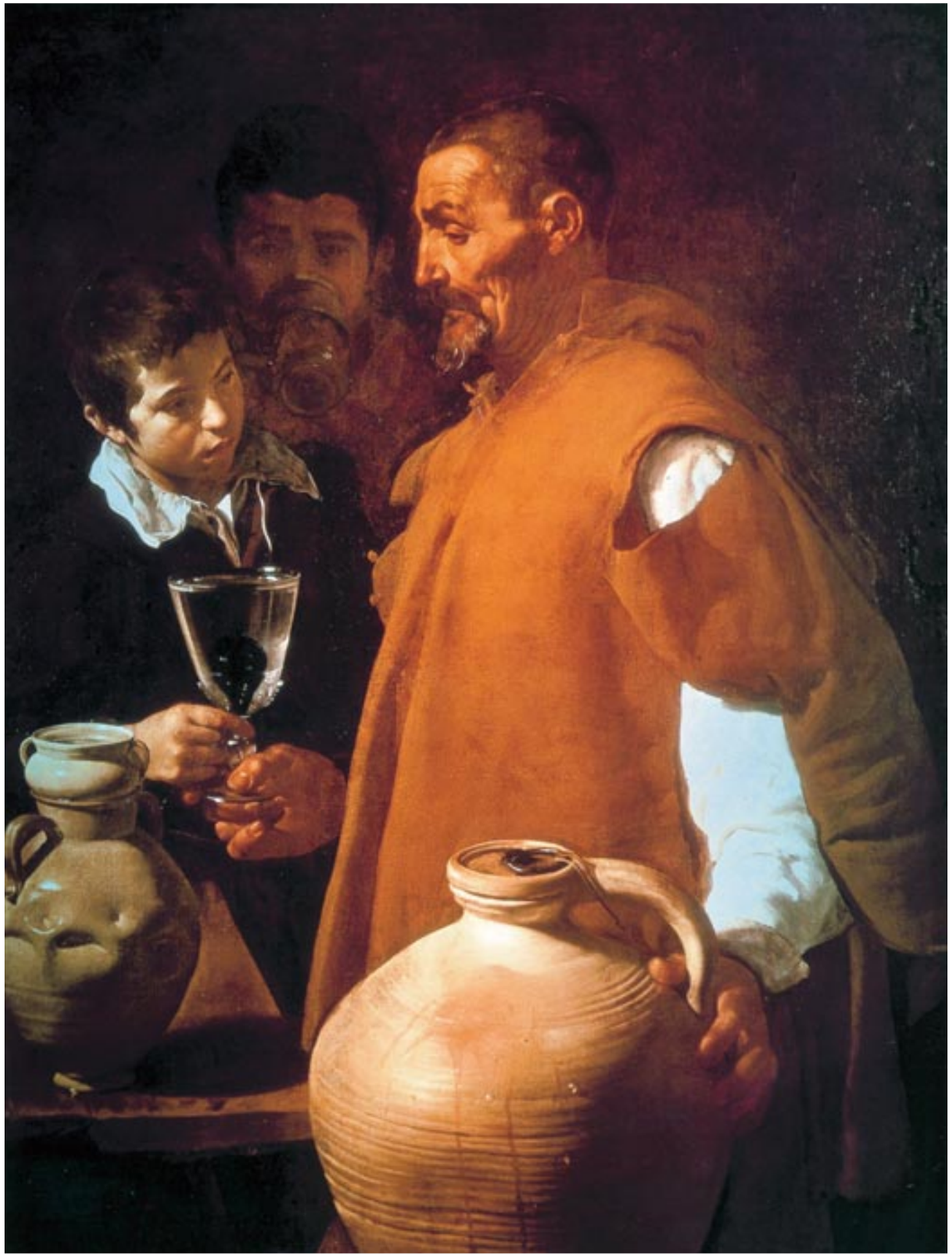


## El canto del cisne de la prosperidad

Hace unos años, la autorizada voz de don Antonio Domínguez Ortiz había caracterizado así el clima de la ciudad durante la etapa velazqueña: “Estos años iniciales del siglo XVII fueron para Sevilla de esplendor, un poco ficticio quizás, empañado de vez en cuando por episodios adversos”. La verdad es que nada parece contradecir la prosperidad sevillana durante el primer cuarto de la centuria, si juzgamos por la plena coincidencia de los escasos indicadores que tenemos a nuestro alcance.

El más fiable de estos índices tal vez sea el de la evolución de las remesas de plata procedentes del Nuevo Mundo que llegan al puerto hispalense. Así, si para Pierre Chaunu el año 1608 es todavía “el año de todos los récords”, las series de Earl Jefferson Hamilton nos dan un flujo quinquenal para los años 1601-1630 que oscila entre los 24 y los 31 millones de pesos, mientras que a partir de entonces las remesas caen a niveles cada vez más bajos (de 16 a 17 millones para los años treinta, de 11 a 13 millones para los años cuarenta, de 3 a 7 millones para los años cincuenta). Si tomamos como observatorio la producción tipográfica (índice al mismo tiempo económico y cultural), nos encontramos con una situación similar: la década de 1611-1620 significa el cénit

**El humanismo sevillano, orgulloso del aire de grandeza que iba adquiriendo la ciudad, proclamó el proyecto de covertir Sevilla en una *Nueva Roma***



Velázquez
IV Centenario

de la producción impresa sevillana y, aunque al decenio siguiente se produce un ligero declive, el verdadero escalón descendente no aparece hasta 1630. Si nos ceñimos al comportamiento demográfico, sabemos que Sevilla se vio afectada por la llamada "epidemia atlántica" (que durante los años 1599-1601 tal vez se cobró diez mil víctimas), del mismo modo que tampoco debe minusvalorarse el impacto de la expulsión de los moriscos (unos 7.500 individuos, que Velázquez vería salir porque su barrio era el de la morería), pero pese a todo la inmigración debió cubrir pronto los huecos, de modo que la ciudad seguiría siendo la más poblada de España durante todos estos años y no se hundiría definitivamente hasta la catástrofe de 1649.

Frente a estas evidencias, los restantes hechos tienen menos relieve. La quiebra del banquero Juan Castellanos de Espinosa en 1601 es la última de una serie que había jalonado la vida financiera de la ciudad durante el siglo XVI, haciéndola una plaza de poco fiar a los ojos de Simón Ruiz y otros mercaderes. Por otro lado, la primera petición para cargar en Cádiz rumbo a América en razón de las dificultades presentadas por la barra de Sanlúcar no se produce hasta 1633, diez años después de la marcha de Velázquez. En cuanto a las quejas de los oficiales de la Casa de la Contratación o de la Universidad de Cargadores a Indias sobre la mala coyuntura económica no son diferentes de las que llevaban escuchándose desde muchos años atrás. En definitiva, una mente avisada hubiera advertido algunos síntomas de la decadencia que acechaba a la vuelta de la esquina, pero mientras tanto la ciudad vive sin ser consciente el canto de cisne de su esplendor.

***Cristo en casa de Marta y María*, por Velázquez (1618, National Gallery, Londres),** arriba; ***Tres hombres a la mesa* (hacia 1618, Ermitage, San Petersburgo),** abajo.

## Días tranquilos y festivos

El joven Velázquez debió vivir en Sevilla unos días tranquilos. La ciudad sigue prodigando sus fiestas, mientras se difunde entre la sociedad hispalense el uso del tabaco (que sale de la fábrica instalada justo al lado de la casa natal del pintor) y también el del chocolate, llamado a una gran popularidad. Prosiguen las fundaciones religiosas, con las consiguientes ceremonias de inauguración de los nuevos establecimientos: los terceros junto al palacio de los Ponce de León, los mercedarios calzados de San Laureano, los mercedarios descalzos de San José, las carmelitas calzadas de la calle de Santa Ana, las dominicas de Santa María de los Reyes, las agustinas de la Encarnación, las mercedarias de la plaza de su nombre. En cambio, la Inquisición no se

***Vieja friendo huevos*, por Velázquez (1618, National Gallery of Scotland, Edimburgo).**

muestra demasiado activa: el auto de fe de 1604 contra judíos portugueses coge a Velázquez demasiado niño, mientras que el de 1624 contra los últimos alumbrados se celebra ya tras su marcha a Madrid. Sin embargo, sí que pudo ser testigo de uno de los episodios que animaron la vida sevillana en aquellos años la presencia en la ciudad de la pintoresca embajada que al frente del samurai Hasekura envió a España en 1614 el señor de Sendai, con el presunto objetivo de conseguir el envío de religiosos para la evangelización del Japón. Delegación comparada hipérbolicamente por el arzobispo hispalense con la de los Reyes Magos de la Biblia, la llegada de los veinte japoneses al Alcázar constituyó todo un espectáculo, por más que las autoridades municipales, viendo que la estancia se alargaba más de lo previsto, urgieran a ponerle fin, según declarara discreta pero nítidamente el caballero Diego Ortiz de Zúñiga, al solicitar "que la ciudad busque un modo cortés de atajar el gasto que hace con el embajador de Japón, que esto va durando muchos días y la ciudad está muy pobre y sus acreedores padecen", lo que efectivamente se consiguió no mucho después.

**El joven Velázquez debió vivir en Sevilla unos días tranquilos. La ciudad seguía prodigando sus fiestas, mientras se difundía entre sus habitantes el uso del tabaco y el gusto por el chocolate**

## El tiempo de Velázquez

**1599.** Nace en Sevilla Diego Rodríguez de Silva Velázquez. El duque de Lerma asume la privanza del rey Felipe III, justo un año después de que éste hubiera accedido al trono (1598). Se publica *Guzmán de Alfarache,* de Mateo Alemán.
**1600.** Nace Calderón de la Barca. Se publica el *Memorial* del arbitrista González de Cellórigo.
**1601.** Felipe III traslada la Corte a Valladolid.
**1605.** Publicación de la primera parte del *Quijote,* de Miguel de Cervantes.
**1609.** Tregua de los Doce Años entre España y las las Provincias Unidas. Decreto de expulsión de los moriscos. Canonización de Ignacio de Loyola. Lope de Vega: *Arte nuevo de hacer comedias*.
**1610.** Diego Velázquez ingresa como aprendiz en el taller del pintor Francisco Pacheco, con quien permanece hasta obtener el título de maestro.
**1615.** Publicación de la segunda parte del *Quijote,* de Miguel de Cervantes.
**1616.** Epidemia de peste en Sevilla. Muerte de Cervantes.
**1617.** Tras superar la probanza, Velázquez puede ejercer como maestro pintor.
**1618.** Velázquez contrae matrimonio con Juana Pacheco, la hija de su maestro; pinta *Vieja friendo huevos* y *Cristo en casa de Marta y María*. Caída de Lerma; le sucede en la privanza el duque de Uceda. Defenestración de Praga: comienza la Guerra de los Treinta Años.
**1619.** Nace su primera hija, Francisca, quien andando el tiempo contraería matrimonio con el también pintor Juan Bautista Martínez del Mazo. Pinta la *Adoración de los Magos* para el noviciado de los jesuitas en Sevilla. Sancho de Moncada publica *Restauración política de España*.
**1620.** Pinta *El aguador de Sevilla.*
**1621.** Muere Felipe III y le sucede su hijo Felipe IV. Al fin de la Tregua de los Doce Años se reanuda la guerra contra las Provincias Unidas de los Países Bajos.
**1622.** El conde-duque de Olivares, valido de Felipe IV. Velázquez viaja a Madrid y visita la colección real de pintura. En Sevilla, retrata al poeta Luis de Góngora.
**1623.** Segundo viaje a Madrid, donde se instala definitivamente, tras obtener el nombramiento de pintor del rey. Retrata al conde-duque de Olivares.
**1627.** Primera bancarrota de Felipe IV. Velázquez triunfa en un concurso con otros pintores de cámara y es nombrado ujier en el Real Alcázar.
**1629-30.** Tras finalizar la ejecución de *Los borrachos*, Velázquez viaja a Italia, donde permanecerá más de un año formando parte del séquito de Ambrosio de Spínola. Pinta *La fragua de Vulcano* y *La túnica de José*.
**1630.** Paz hispano-inglesa de Londres. Tirso de Molina: *El burlador de Sevilla*.
**1632.** Las Cortes de Cataluña niegan el subsidio solicitado por el conde-duque de Olivares.
**1634.** Victoria de las tropas hispano-imperiales en Nördlingen. Gran inflación en Castilla.
**1635.** Comienza la guerra con Francia. Velázquez pinta *La rendición de Breda (Las Lanzas)*. Calderón: *La vida es sueño.*
**1639.** Derrota de la escuadra hispana en Las Dunas. Velázquez pinta *La Crucifixión.*
**1640.** Revuelta catalana: "Corpus de Sangre". Sublevación de Portugal.
**1641.** Conspiración del Duque de Medina Sidonia en Andalucía. Vélez de Guevara publica *El diablo cojuelo.*
**1642.** Los franceses toman Perpiñán; pérdida del Rosellón. Calderón: *El alcalde de Zalamea.*
**1643.** Derrota de las tropas hispanas en Rocroi. Caída de Olivares.
**1647.** Revuelta antiespañola en Nápoles. Segunda bancarrota de Felipe IV. Peste en Valencia y Andalucía.
**1648.** Luis de Haro, nuevo valido de Felipe IV. Paz de La Haya. Reconocimiento de la República de los Países Bajos. Quevedo: *El Parnaso español.*
**1649.** Segundo viaje a Italia, donde Velázquez permanece dos años y medio. Pinta allí el retrato de *Inocencio X* y los dos paisajes de la *Villa Medici* de Roma. Gracián: *El criticón.*
***1652.*** Velázquez recibe el nombramiento de aposentador real.
**1656.** Tercera bancarrota de Felipe IV. Velázquez pinta *Las Meninas* y supervisa la instalación de algunos cuadros en El Escorial.
**1657.** Velázquez pinta *Las hilanderas.*
**1659.** La Paz de los Pirineos pone fin a la guerra franco-española. Velázquez es nombrado caballero de la Orden de Santiago.
**1660.** Velázquez asiste, con el séquito real, al acto protocolario de la firma de la Paz de los Pirineos en la Isla de los Faisanes, en la desembocadura del Bidasoa. De vuelta a Madrid, fallece el día 6 de agosto. Su esposa Juana le sobrevivirá tan sólo ocho días.

La crónica de sucesos tampoco es demasiado dramática: la explosión del molino de pólvora de los Remedios, el alboroto de los soldados de las galeras en la plaza de San Francisco, el incendio del teatro del Coliseo cuando se representaba la vida de San Onofre, que causó 18 muertos. Más ruido produjo la agitación inmaculadista, la espontánea proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María, que enfrenta a los jesuitas contra los reticentes dominicos y que da lugar a la aparición de panfletos y de pintadas, a la composición de coplas e himnos religiosos (como el famoso de Miguel Cid: *Todo el mundo en general*), pero que finalmente, ante el anuncio de una bula papal favorable a las pretensiones populares, se salda con festejos, repiques, luminarias y, cómo no, corridas de toros. Como se ve, nada que justifique el apelativo de "guerra mariana" propuesto, tal vez con ironía, por algún autor.

Velázquez
IV Centenario

### El crepúsculo de la vida intelectual

La primera mitad del siglo XVII prolonga en buena medida el esplendor cultural de la época renacentista. Aunque los estudios universitarios no parecen rayar a gran altura (por mucho que el conde duque intervenga en favor del viejo colegio de Santa María de Jesús), la creación de varios estudios de órdenes religiosas (colegio de San Buenaventura de los franciscanos, colegio de los Irlandeses, colegio de la Purísima o de las Becas, ambos a cargo de los jesuitas) y la perduración del hábito de las academias poéticas (tertulias literarias del conde de Olivares en la Huerta de Miraflores o del duque de Alcalá en la Buhaira o Huerta del Rey) dan testimonio de una vida intelectual activa.

Del mismo modo, las ciencias aplicadas, desde su sede de la Casa de la Contratación, dan sus postreros frutos, con el Regimiento de Navegación de Andrés García de Céspedes o con el espléndido tratado de Tomé Cano sobre el *Arte de fabricar y aparejar naos*. Del mismo modo, todavía algunos otros científicos radicados en la ciudad siguen produciendo algunos textos fundamentales, como son el del cordobés Benito Daza Valdés, el primer tratado de oftalmología de los tiempos modernos (publicado en 1623), o el del onubense Alvaro Alonso Barba, el mejor libro de metalurgia empírica de la época (aparecido ya en 1639).

Por su parte, en el campo de la literatura, si en estos años se despiden algunas glorias del pasado, como pueden ser el propio Miguel de Cervantes (que abandona Sevilla apenas iniciada la centuria) o Mateo Alemán (que parte para las Indias en 1608, no sin antes publicar en su ciudad natal las dos partes de esa obra maestra que es el *Guzmán de Alfarache*), también hace su aparición una nueva generación de escritores. Si la producción teatral no puede alegar casi nada frente a su decadencia (no es elegante comparar a Diego Ximénez de Enciso con Lope de Vega) y si la narrativa tampoco puede presentar demasiados logros, como no sean las obras de Rodrigo Fernández de Ribera, sus *Antojos de mejor vista*, un precedente del *Diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara, y el *Mesón del Mundo*, una muestra de literatura costumbrista, por el contrario la poesía lírica se ilustra con una pléyade de jóvenes autores que ensayan el nuevo estilo barroco. Son Juan de Jáuregui (con sus *Rimas*), el delicado Francisco de Rioja, Rodrigo Caro (autor de la famosa *Canción a las Ruinas de Itálica*) y Juan de Arguijo, que además de su elegante poesía preservó una amplia colección de más de setecientos chistes, que fuera editada en su día por Maxime Chevalier.

***La Adoración de los Magos*, por Velázquez (1619, Museo del Prado, Madrid).**

Finalmente, si la tradición musical se prolonga a la muerte de Guerrero con la figura del organista Francisco Correa de Araujo, son las artes plásticas las que no sólo mantienen vivas las excelencias de la producción renacentista, sino que, apoyadas por la demanda de las instituciones eclesiásticas y por la clientela americana, alcanzarán su verdadera época de oro, dentro de la nueva estética barroca, que se manifiesta en la obra de pintores como Juan de Roelas, Francisco Herrera el Viejo y Francisco Pacheco, de geniales escultores como Juan Martínez Montañés y Juan de Mesa y de artistas polifacéticos como Alonso Cano, establecido en la ciudad desde 1616. Todos ellos hacen posible la eclosión de las jóvenes promesas como Francisco de Zurbarán y Diego Velázquez.

Si nos fuera permitido utilizar un símil propio del Barroco, la Sevilla de Velázquez aparece como una suerte de meseta frondosa y ajardinada que se encuentra situada al borde de un abismo todavía invisible para los confiados paseantes. Sólo algún arbitrista perspicaz podía leer los signos que anunciaban una próxima decadencia. O tal vez algún poeta especialmente sensible podía captar un algo intangible que teñía de melancolía sus versos, como le ocurría a Andrés Fernández de Andrada: "Ya, dulce amigo, huyo y me retiro / De cuanto simple amé rompí los lazos / Ven y verás al alto fin que aspiro / Antes que el tiempo muera en nuestros brazos". Velázquez se fue de Sevilla antes de que esta melancolía envolviese por completo a la ciudad.

# Madrid: la fascinación de la Corte

**La calle de Alcalá a comienzos del siglo XVII (detalle del plano de Madrid, por Texeira),** arriba. **El patio del Alcázar real de Madrid (grabado del siglo XVII, Museo Municipal, Madrid),** abajo.

## El Madrid de Velázquez era una gran urbe barroca, donde menudeaban los artistas dedicados a satisfacer las necesidades suntuarias del rey, los nobles o el clero

**Carlos Gómez Centurión**
*Profesor titular de Historia Moderna*
*Universidad Complutense. Madrid*

PARA EL HOMBRE QUE NACIÓ DE PADRES humildes y es dado a buenas costumbres, hay en este lugar muchas ocasiones para comer y pasar, y para el que tiene valiente corazón hay en la campaña una pica y un mosquete, y para el sosegado hay un oficio a gusto de la persona en que empelar la primera edad y hallarse en la crecida con que ganar de comer, ya para el que nada de lo dicho se aplica, hay otros ejercicios que, aunque no dan la honra, no la quitan ni estragan a nadie la calidad".

Con estas palabras describía el escritor Francisco Santos las múltiples oportunidades que Madrid, sede de la Corte del Rey Católico, Don Felipe IV, parecía ofrecer a cuantos acudiesen a ella en busca de fortuna, convertida ya a la sazón en "patria común" para todos los súbditos de tan dilatada y extensa Monarquía. Bien lo sabía el joven pintor sevillano Diego Velázquez, conocedor del mecenazgo que el valido del monarca, el entonces aún conde de Olivares, brindaba generosamente en la Corte a literatos y artistas procedentes de Sevilla, de los que gustaba rodearse para mayor gloria de su monarca y de él mismo. A Madrid viajó por primera vez en 1622, con la intención de llamar la atención del rey y del valido con su indudable talento. No tuvo suerte y hubo de volver a intentarlo al año siguiente, esta vez con más éxito. Exceptuando los dos viajes a Italia y los desplazamientos que realizara siguiendo al monarca, su vida transcurriría ya siempre en Madrid, donde moriría a la edad de sesenta y un años, el 6 de agosto de 1660, siendo enterrado en la iglesia de San Juan.

El Madrid al que llegó Velázquez en 1623 era una ciudad bulliciosa y aún en plena expansión. El retorno a ella de la Corte desde Valladolid, en 1606, había vuelto a desencadenar una riada de inmigrantes que no se detendría hasta aproximadamente 1629, año en el cual la Villa rebasó los 130.000 habitantes, situándose así entre las diez ciudades mayores del continente europeo. A partir de entonces, sin embargo, y durante todo el reinado de Felipe IV, la población tendió a estancarse hasta el último cuarto del siglo. Y es que la vida en Madrid, al igual que en el resto de los grandes centros urbanos de la época, pese a su indudable atractivo y a las inagotables oportunidades que parecía ofrecer, resultaba ser a la postre para la mayoría de sus habitantes mucho más dura de lo que pudiera aparentar a primera vista.

Las pésimas condiciones higiénicas inherentes a cualquier aglomeración humana de la época preindustrial y la precariedad económica en que vivía la mayor parte de la población determinaban un crecimiento vegetativo muy limitado dentro del núcleo urbano. Madrid era, ante todo, una ciudad poblada por adultos: el segmento comprendido entre los 16 y los 50 años representaba cerca del 60% del total de la población. La lucha diaria por la supervivencia rara vez permitía a los madrileños alcanzar los requisitos indispensables para formar una familia, por lo que más del 50% permanecían solteros. Por ello, y al contrario de lo que sucedía en el mundo rural, escaseaban los niños y los adolescentes, cuyo número apenas representaba la cuarta parte de los madrileños censados. Y si la ciudad crecía, o al menos conseguía mantener sus efectivos humanos, era gracias a una corriente ininterrumpida de inmigrantes que, lo mismo que Velázquez, llegaban a la Corte procedentes de todos reinos peninsulares: nobles, clérigos, letrados, artesanos y comerciantes, o campesinos empobrecidos buscando mejores oportunidades o, simplemente, huyendo de la miseria que asolaba entonces el campo castellano.

***La lección de equitación del príncipe Baltasar Carlos*, por Velázquez (hacia 1636, The Duke of Westminster Collection, Londres); al fondo el palacio del Buen Retiro, desde donde los Reyes contemplan las evoluciones de su hijo.**

## Una gran urbe barroca

Debido al aumento de la población, la ciudad tuvo que crecer rápidamente a comienzos del siglo, pasando de las 282 hectáreas que tenía en 1597 a las 400 en 1625. Con el retorno de la Corte, contaba Céspedes y Meneses, Madrid "poco a poco se fue extendiendo y ampliando, hasta llegar casi a la grandeza y esplendor en que la vemos; con que todas sus cosas tomaron nuevo ser, porque los muy apartados campos de sus contornos se convirtieron en vistosas calles, los sembrados en grandes edificios, los humilladeros en parroquias, las ermitas en conventos y los ejidos en plazas, lonjas y frecuentes mercados". Toda la literatura laudatoria publicada sobre Madrid en el siglo XVII se haría eco de este crecimiento vertiginoso, más aún sabiéndose como se sabía en la corte del Rey Católico que la Villa no era tan grande como otras capitales europeas.

Pero si la población dejó de crecer a comienzos de los años treinta, también lo hizo la ciudad. En 1625, Felipe IV hizo construir una nueva cerca para ejercer un mejor control fiscal y sanitario de la Villa y Corte. La cartografía de la época permite seguir fielmente su itinerario: Puerta de la Vega, Puerta de Segovia, Portillo de Gil Imón, Puerta de Toledo, Puerta de Embajadores, basílica de Atocha, tapia del Buen Retiro, Puerta de Alcalá, Portillo de Recoletos, Portillo de Santa Bárbara, Portillo de los Pozos de Nieve -hoy glorieta de Bilbao-, Portillo de Fuencarral, Portillo de San Bernardino -en donde hoy se cruzan las calles de la Princesa y Alberto Aguilera-, Puerta de San Vicente y tapia del Campo de Moro hasta llegar de nuevo a la Puerta de la Vega.

Al tiempo que Madrid crecía en extensión, lo hacía también en monumentalidad. Durante el reinado de Felipe IV, la capital de la Monarquía Hispánica se fue transformando en una auténtica urbe barroca, creándose espacios nuevos o transformando los ya existentes hasta construir un escenario físico acorde con la autoridad regia y la sociedad aristocrática que constituían la esencia misma de la Corte. La Plaza Mayor, por sus enormes dimensiones, se había convertido desde 1619 en el principal espacio público de la Villa: allí se celebrarían en vida de Velázquez numerosos regocijos, como

*Dama del abanico*, por Velázquez (hacia 1646, Wallace Collection, Londres).

juegos de cañas o corridas de toros, solemnes autos de fe y hasta ejecuciones públicas –la primera, la de don Rodrigo Calderón, el 21 de octubre de 1621–. Pese a lo que se ha dicho algunas veces, Madrid no era sólo un tortuoso ovillo de pequeñas, oscuras y retorcidas callejas. Existían grandes vías, como las calles de Alcalá, Mayor o San Jerónimo, aptas para brillantes desfiles ceremoniales lo mismo que algunas plazas que, como la de Santa María, Palacio, Encarnación, Sol y Descalzas, servirían de solemne escenario para actos de propaganda civil y religiosa.

El afán de embellecer la Villa y las necesidades residenciales de las élites dirigentes hicieron que en Madrid se acelerara la construcción de nobles y espléndidos edificios, ya fueran palacios, conventos o construcciones vinculadas al gobierno de la Monarquía. Convencida de que la Corte ya no volvería a mudarse de ciudad, la nobleza se decidió a levantar sus mansiones en las proximidades del Alcázar o de los ejes elegidos por la Corona para celebrar sus festividades. Igualmente, Madrid quedó inundada de espacios religiosos, entre los cuales los conventos tuvieron un papel preponderante: 29 comunidades de frailes y monjas se fundaron durante los reinados de Felipe III y Felipe IV. Entre los edificios civiles destacan dos que aún se conservan hoy en día: la Cárcel de Corte, situada en la plaza de Santa Cruz y sede de la Sala de Alcaldes, y el Ayuntamiento. En ambos pueden observarse dos de los elementos característicos de la arquitectura madrileña de aquel momento: las torres cuadradas levantadas en los extremos con techumbres de pizarra y el ladrillo enmarcado en granito como material de construcción en la fachada.

## La Corte del Rey Planeta

Durante años el antiguo Alcázar fue remodelado y ennoblecido gracias al arquitecto Juan Gómez de Mora, pero habría de ser en el nuevo palacio del Buen Retiro donde Olivares tratara de erigir un magnífico y renovado escenario para el esplendor de la corte del Rey Planeta. Aunque el exterior del palacio carecía de la magnificencia característica del barroco europeo, sus interiores estaban ricamente amueblados y profusamente decorados con pinturas –muchas de ellas, de Velázquez–. Todo el esplendor efímero e ilusionista de las apoteosis festivas del Barroco se volcaron sobre la vida de aquel palacio, erigido entre 1632 y 1640. Sus patios se usaron para torneos y justas. Sus extensos jardines fueron cuidadosamente trazados, pensando en diversas formas de esparcimiento, y la isla dispuesta en un gran lago artificial se aprovechó para el montaje de elaboradas obras de Calderón y otros dramaturgos cortesanos, puestas en escena por el brillante escenógrafo italiano Cosimo Lotti. Al completarse en 1640 un teatro de corte, el Coliseo, fue posible escenificar allí complejas comedias de tramoya que podían alcanzar los más espectaculares efectos escénicos, tan del gusto del público de la época.

Las superficies ajardinadas alrededor del Alcázar y del Buen Retiro animaron a la aristocracia madrileña a plantar cuidados jardines italianizantes en torno a sus palacios. Tal y como deja entrever el plano de Pedro Texeira, de 1656, las manzanas madrileñas albergaban en numerosas ocasiones huertos y jardines, árboles umbrosos, parterres geométricos y fuentes, que hacían de la capital madrileña una ciudad mucho más frondosa y colorista de lo que a veces se ha dicho.

Pero la ocupación de gran parte del suelo urbano por palacios y conventos, con sus respectivos jardines, tuvo una influencia negativa sobre las condiciones de vida de las clases populares, al desencadenar una elevación del grado de hacinamiento en las viviendas más modestas. Desde finales de la década de 1620, el número de inmuebles madrileños inició un imparable descenso, particularmente en puntos estratégicos, como eran las inmediaciones de la plaza de la Villa o del Alcázar, área residencial por excelencia de las familias de la nobleza. También la propiedad urbana fue recayendo cada vez en un número más reducido de titulares, obligando a la mayoría de lo madrileños a alquilar un piso o una habitación. Al tiempo que la *Regalía de Aposento* continuó fomentando la construcción de casas *a la malicia*, de un solo piso, para evitar que sus propietarios tuvieran que ponerlas a disposición de los oficiales reales.

El reinado de Felipe IV coincidió con la definitiva cortesanización de la alta nobleza peninsular. Agobiada por la caída de sus rentas y el endeudamiento, la aristocracia tradicional se vio obligada a estrechar aún más sus lazos con la Corona, encontrando en su protección y en los recursos de la Real Hacienda el último remedio para mantener su privilegiada posición y sanear sus ingresos. La cercanía al monarca y el disfrute de la gracia real se convirtieron así en los objetivos prioritarios de la nobleza, que acudió en avalancha a Madrid durante las décadas de 1620 y 1630.

## Nobles y oficiales reales

La vida en la Corte, sin embargo, podía constituir un arma de doble filo para estas familias, dada la ineludible obligación de que cada cual viviera tan noblemente como exigía su rango o aún más. Ello se tradujo en incontables gastos suntuarios que consumían todavía más sus rentas: residencias espléndidas, mobiliario lujoso, vestuario, hospitalidad, nutridas servidumbres, mecenazgo de artistas... Un tren de vida que había que sostener a toda costa, sobre todo cuando las nuevas familias recién ingresadas en el estamento trataban de hacer olvidar sus modestos orígenes, imitando los comportamientos nobiliarios con rentas bastante más saneadas que las de sus antecesores.

Los más directos competidores de la nobleza tradicional procedían de las filas de los oficiales y criados de la propia Corte. En 1625 las Casas Reales contaban con 1.825 empleados y los Consejos y otros órganos de la administración real con 564, mientras que la burocracia municipal de la Villa empleaba a cerca de un centenar de personas. A mediados de siglo estos efectivos habían aumentado hasta las 3.500 personas quienes, junto a sus familias y servidores directos, representaban ya el 10% de la población madrileña. Y aunque muchos de estos empleados no fueran sino modestos criados domésticos, el perfil social de los oficiales reales fue ascendiendo conforme transcurrían los años. En ocasiones debido a que los cargos de las Casas Reales o de los Consejos se multiplicaban para premiar o socorrer a las incontables familias que demandaban los favores del rey. En otras, a que el mismo servicio real –y esto Velázquez lo sabía bien– constituía ya una vía rápida y segura hacia el ennoblecimiento.

Los colegios mayores, copados por la nobleza, se convirtieron desde esta época en casi la única cantera para los letrados de la burocracia real. La ambición de éstos y el afán universal de ennoblecimiento no sólo se tradujo en un incremento de las gracias reales a costa de la Real Hacienda, sino que también tuvo importantes consecuencias en los órganos de gobierno de la Villa y el régimen jurisdiccional de su comarca circundante. El consistorio madrileño fue literalmente asaltado por los oficiales reales, conscientes de los beneficios que representaba el control de las regidurías, al tiempo que una buena parte del alfoz de la Villa –Boadilla, Aravaca, Leganés, Hortaleza, Vaciamadrid, Chamartín, Perales, Pozuelo...– fue enajenado para constituir los señoríos que esta nueva nobleza precisaba para afirmar su prestigio social.

Otro grupo en vías de ennoblecimiento lo constituían los principales representantes del capital mercantil: financieros, asentistas, arrendadores, comerciantes... Un nutrido y heterogéneo grupo cuyos más conspicuos miembros conseguían realizar pingües negocios a costa de las necesidades financieras de la Corona. Los préstamos y los asientos con la Real Hacienda no sólo eran un procedimiento rápido y seguro para reproducir sus capitales, sino también un medio bastante eficaz para ingresar en las filas de la hidalguía o de la nobleza titulada. La otra actividad lucrativa de este grupo la constituía el comercio al por mayor y a larga distancia, orientado a satisfacer el insaciable consumo suntuario de las ricas familias que residían en la Corte.

## Omnipresencia religiosa

Al igual que ocurrió en el resto de las principales ciudades españolas durante las décadas centrales del siglo XVII, también en Madrid se produjo un incremento desorbitado del número de religiosos y religiosas. Frente a una relativa estabilidad del clero

*Las hilanderas*, por Velázquez (hacia 1657, Museo del Prado, Madrid).

*Los borrachos*, por Velázquez (1628-1629, Museo del Prado, Madrid).

parroquial, el aumento se dio en favor de los regulares, cuyos conventos, capillas y fundaciones atestaban las calles de la Villa, rivalizando a la hora de captar devotos y donantes generosos. De ninguna manera las órdenes religiosas podían sustraerse a la atracción que representaban las incontables riquezas desviadas hacia la Corte por la Corona y la aristocracia o los múltiples apoyos sociales y políticos que allí podían recabar para su supervivencia y crecimiento. Sin olvidar el protagonismo ideológico que los efectivos eclesiásticos tenían precisamente en la sanción y legitimación de la acción política de la Monarquía, proclamada en baluarte del catolicismo y la Contrarreforma en la Europa de la época. Serían difíciles de olvidar algunos de los grandes actos religiosos con los que se inauguró el reinado de Felipe IV, como las fiestas celebradas en 1622 para festejar la canonización de cuatro santos españoles, entre ellos san Isidro, patrón de la Villa, o la solemne procesión del Corpus del año siguiente a la que asistieron el Príncipe de Gales y el embajador de Inglaterra.

## Artesanos, mercaderes y criados

La presencia y aglomeración en la Villa y Corte de todos estos grupos privilegiados y el aumento demográfico determinaron durante la primera mitad del siglo XVII un fuerte incremento de la demanda que animó la economía de la ciudad. La labor de maestros artesanos y de trabajadores asalariados se volcaría en satisfacer esta demanda, bien vinculada a la producción de artículos de lujo para las élites y a la construcción y decoración de sus residencias, bien a la producción y comercialización de las mercancías básicas requeridas por el resto de los madrileños. Por encima de los trabajadores manuales, sin embargo, destacaba una pléyade de profesionales –como abogados, médicos y cirujanos– cuyos servicios eran universalmente requeridos, o de hombres de talento –poetas, autores de comedias, músicos, pintores...– cuya presencia era imprescindible en la vida cultural y festiva de la ciudad.

Aunque por las calles de Madrid vagaban muchos individuos –sobre todo, recién emigrados– desempeñando trabajos eventuales y mal pagados, el servicio doméstico constituía una de las formas de empleo más comunes. Los criados podían atender una amplia gama de actividades relacionadas con el cuidado de la casa y de la familia a la que servían: desde funciones comunes –lacayos, mozos, recaderos–, hasta aquellas que precisaban una mayor responsabilidad y especialización: mayordomos, ayudas de cámara, cocheros, cocineros, doncellas, lavanderas o amas de cría. Además de estas funciones prácticas, los criados cumplían otra no menos básica como símbolo de ostentación social, convirtiéndose en un elemento de consumo suntuario –como también lo eran los esclavos negros traídos por algunos familias andaluzas a Madrid–. Tener criados era algo relativamente barato y asequible: su remuneración no se basaba tanto en la percepción de un jornal en dinero, como en infinidad de formas de retribución en especie que iban desde alojamiento, vestido y comida, hasta la pura y simple protección personal que les brindaba su amo. Por ello su número era tan alto en la mayoría de las grandes ciudades europeas de la época, rondando un 20% de la población total. A pesar de las disposiciones que trataban de limitar su número, las familias de la nobleza podían emplear en sus casa hasta un centenar de criados. Los lazos clientelares o el paisanaje solían ser las vías de contacto más habituales para encontrar empleo como criado, pero tenemos noticia de que ya en el Madrid de Felipe IV existía una agencia de colocación para amas de cría en Lavapiés.

Desafortunadamente, la atracción que ejercía sobre los inmigrantes no se correspondía siempre con sus posibilidades laborales y la ciudad era incapaz de ofrecer empleo a todos los recién llegados. Aún así era constante el flujo de pobres y desheredados. En época de crisis agraria el espejismo colectivo de alcanzar las puertas de la Villa se magnificaba, dado que la Corte disfrutaba de un área de abastecimiento propia, pan barato y un sistema asistencial que, mal que bien, podía cubrir las necesidades mínimas de los menesterosos.

## Pobreza, marginación y delincuencia

Probablemente la mitad de los madrileños vivía en los límites de la subsistencia o había ya traspasado el umbral de la pobreza. A partir de 1625, las condiciones de vida de las clases populares afincadas en la Villa y Corte se hicieron cada vez más difíciles. Los salarios reales se desmoronaron, perdiendo entre un 37 y un 48% de su capacidad adquisitiva a comienzos de la década de los treinta. Tras una breve mejoría, en parte gracias a la construcción del Buen Retiro, el distanciamiento entre precios y salarios continuó aumentando durante la segunda mitad del siglo. Datos que explican por sí mismos el elevado número de solteros y la baja tasa de natalidad existente en la ciudad.

Las mujeres constituían un colectivo particularmente vulnerable, más afectadas por el empleo precario o el paro. Aunque algunos testimonios contemporáneos exageren su alcance, no es extraño que la prostitución en Madrid fuese en aumento, pese a los intentos de la autoridad de limitarla a los burdeles regulados, o a la persecución de las prostitutas callejeras y a su internamiento en la cárcel de La Galera.

Los fronteras entre la pobreza, la marginación y la delincuencia eran increíblemente fáciles de rebasar en el anonimato de una gran ciudad. Por ello el control del vagabundeo y de la mendicidad en la Corte, de tanta "gente ociosa y malentretenida", se convirtió en un objetivo prioritario para las autoridades. Desde comienzos del siglo el espacio urbano de la Villa quedó estructurado en seis cuarteles de policía, cuya vigilancia diaria corría a cargo de las rondas de alguaciles dirigidas por los alcaldes de Corte. Pese a ello la delincuencia registrada en Madrid fue siempre muy elevada. Tanto como la literatura picaresca, las causas judiciales nos dan sobrados ejemplos de la organización de bandas de mendigos, ladrones y delincuentes. Los *Avisos* de Jerónimo de Barrionuevo se hacían eco de este ambiente delictivo que imperaba en ocasiones: "a mediodía entran en las casas de Madrid a robar, habiendo hecho las necesidades infinitos ladrones de donde cada paso se ven mil muertes". Pero entre los delitos registrados por la Sala de Alcaldes y el juzgado de la Villa no eran los atentados contra la propiedad (un 27%) los más abundantes, sino los de carácter violento (en torno al 36%), especialmente asesinatos, homicidios y heridas, a los que habría que añadir amenazas, desafíos y reyertas callejeras (otro 8%). Las razones de estas altas cotas de violencia no hay que buscarlas únicamente en la pobreza y en la marginación, sino en la tenencia y el uso generalizado de armas, y en la arraigadísima costumbre de resolver privadamente muchos de los conflictos, en particular las ofensas contra el honor, lo que explica la abundancia de duelos, desafíos y crímenes protagonizados por los miembros de la más alta y linajuda nobleza.

### Para saber más


Aguado de los Reyes, J., *Riqueza y sociedad en la Sevilla del siglo XVII*, Sevilla, 1994.

Brown, J. y Elliott, J.H., *Un Palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

Carmona García, J. I., *El extenso mundo de la pobreza: la otra cara de la Sevilla imperial*, Sevilla, 1993.

Chaunu, P., *Sevilla y América, siglos XVI y XVII*, Sevilla, 1983.

Domínguez Ortiz, A., *Orto y ocaso de Sevilla*, Sevilla, 1946; *La Sevilla del siglo XVII* ("Historia de Sevilla"), Sevilla, 1984.

Fernández García, A. (dir.), *Historia de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 1993.

López García, J. M. (dir.), *El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la la época moderna*, Madrid. Siglo XXI, 1998.

Lleó Cañal, V., *Nueva Roma: Mitología y Humanismo en el Renacimiento sevillano*, Sevilla, 1979.

Martínez Shaw, C. (ed.), *Sevilla, siglo XVI. El corazón de las riquezas del mundo*, Madrid, 1993.

Morales Padrón, F., *La Ciudad del Quinientos* ("Historia de Sevilla"), Sevilla, 1977.

Ollero Pina, J. A., *La Universidad de Sevilla en los siglos XVI y XVII*, Sevilla, 1993.

Pike, R., *Aristócratas y comerciantes*, Barcelona, 1986.

Pinto Crespo, V. y Madrazo Madrazo, S. (dirs.), *Madrid. Atlas Histórico de la ciudad, siglos IX-XIX*, Barcelona, 1995.


Velázquez IV Centenario